

Volvió á su casa más de prisa que de costumbre, y en cuanto llegó fué corriendo á abrir su caja.

Entonces dió un vuelco su corazón: ¡el reloj no estaba allí!...

Fué sacando nerviosamente todos los objetos uno á uno... pero nada... ¡no estaba!...

Fatou entretanto, tarareaba una canción con indiferencia mirándole á hurtadillas, y ensartando en un hilo cuentas de vidrio, combinando la armonía de los tonos de color para el buen efecto de sus collares.

Eran estos grandes preparativos para las fiestas del día siguiente, las bauboulas de la Yabaski, en las cuales quería la negrita presentarse bella y engalanada.

—¿Eres tú quien le ha sacado de aquí, Fatou?... Dí pronto... ¡Te habia prohibido tocarle!... ¿Dónde le has puesto?

—¡Ram!... (¡No sé!) respondió Fatou con indiferencia.

Un sudor frío inundó la frente de Juan que estaba livido de cólera.

Cogió á Fatou por un brazo y sacudiéndola con fuerza, le dijo:

—¿Dónde le has puesto?... Vamos, di pronto.

—¡Ram!.....

De repente Juan lo adivinó todo.

Acababa de ver un paño nuevo con zigszags azules

y de color rosa cuidadosamente doblado y colocado en un rincón... ¡preparado para la fiesta del día siguiente!..

El spahi comprendió

Cogió el paño, le desdobló, y luego dijo arrojándolo al suelo:

—¡Tú has vendido el reloj, Fatou!..

¡Dí la verdad!

Y haciéndola hincar en el suelo las rodillas se apoderó del látigo con rabia.

Fatou sabía muy bien que había tocado á un talisman precioso y que su pecado era grave... ¡pero había hecho tantas cosas malas y Juan le habia perdonado tanto!...

Sin embargo, al mirar el rostro de Juan se asustó, nunca le había visto así.

Fatou lanzó un grito y se abrazó á las rodillas del spahi temblando de miedo.

—¡Perdón!... ¡Perdón! exclamó.....

Juan se ponía loco en aquellos momentos de furor y no sabía lo que hacía.

Tenía esas violencias salvajes de los hijos de los bosques y golpeaba fuertemente sobre las desnudas espaldas de Fatou, marcando surcos de los que brotaba sangre que le excitaba aún más...

Después sintió vergüenza, y arrojando el látigo lejos de sí fué á dejarse caer en el *tara*.....

XXXIV

Un momento después el spahí salía corriendo hácia el mercado de Guet-n'dar.

Fatou había confesado por fin y dado el nombre del mercader negro, á quien había vendido el reloj.

Juan entonces se dirigió hácia el sitio que le indicó la negrita con la esperanza de encontrar su querido reloj y volverlo á comprar. Acababa de cobrar el sueldo de un mes y aquel dinero debía bastarle.

Su paso nervioso iba acelerándose cada vez más, como temeroso de que durante el trayecto fuese otro á comprar su reloj.....

En Guet-n'dar todo era ruido y confusión de toda clase de tipos, Babel de todas las lenguas del Soudan.

Allí está perpetuamente instalado el gran mercado lleno de gentes de todos los países y en él se venden cosas preciosas y cosas que no valen nada. Hermosos encajes y toscas baratijas; comestibles y ungüentos; manuscritos y golosinas; esclavos y potaje; amuletos y legumbres.

Por un lado cerraba este cuadro un brazo del río con San Luis, haciendo ver sus líneas rectas y sus terrazas babilónicas, y destacándose de cuando en cuando sobre la deslumbradora blancura de sus casas de cal

algún que otro penacho amarillento de una palmera.

Por el otro lado Guet-n'dar, el hormiguero negro, cubierto de chozas de puntiagudos tejados.

En las caravanas que acampaban se veían camellos echados en la arena, moros descargando sus sacos de dátiles, vendedores y vendedoras acurrucadas en la arena, riendo ó disputando, voceando cada cual su mercancía, unos, pescados salados, otros alhajas y ropas viejas (muchas de estas últimas, robadas á algún cadáver.)

Por todas partes grisgrís, amuletos, viejos fusiles, flautas, puñales con mango de plata, cuchillos de hierro manchados de sangre... cuernos de jirafas, guitarras viejas...

Y la mendicidad negra sentada alrededor bajo los amarillentos cocoteros.

Viejas leprosas que tendían sus manos llenas de úlceras pidiendo una limosna y viejos medio muertos extendiendo las descarnadas piernas llenas de llagas de las que manaban en abundancia los gusanos.

Y cayendo aplomo sobre este cuadro uno de esos soles cuyos rayos son tan abrasadores como el mismo fuego.

Y siempre, siempre el desierto por horizonte, siempre la llanura infinita del desierto.....

Allí, delante del puesto de cierto Bob-Bakary-Diam, fué donde Juan se detuvo, interrogando con

ansiosa y rápida mirada y con el corazón palpitante, la multitud de objetos heterogéneos que se extendían delante de él.

—Ah, sí, blanco mío, (dijo Bob-Bakary-Diam en yolok y dirigiendo al spahí una amable sonrisa) ¿un reloj muy grande? .. hace cuatro días que la niña me lo vendió por tres kalis de plata... Pues lo siento, blanco mío, pero dá la casualidad de que lo vendí aquel mismo día á un jefe de Trarzos que ha partido en caravana para Tombouctou.....

.....
 ¡Todo había acabado, y ya no había que pensar más en el viejo reloj!..

El pobre Juan sentía una angustia y una opresión en el corazón como si hubiera perdido por su culpa á una persona querida.

Si siquiera hubiera podido ir á abrazar á su pobre padre y á pedirle perdón, se hubiera consolado un poco...

Y si siquiera el reloj hubiera caído en el mar ó en el río ó en cualquier rincón del desierto... ¡pero vendido así!.. ¡Profanado por aquel diablo negro de Fatou!.. ¡Esto era demasiado!..

Y nuestro pobre spahí hubiese llorado á lágrima viva si el exceso de su rabia no se lo hubiese impedido

¡Y todo por culpa de aquella Fatou que desde hacía cuatro años se venía apoderando de su dinero, de su dignidad y de su vida!..

Por tenerla á su lado había perdido su ascenso, su porvenir; por ella se había quedado en Africa.

¿Y quién era después de todo?.. una criatura perversa, tan negra de cuerpo como de alma y rodeada de sortilegios y de amuletos.

Juan sentía horror por sus maleficios y un furor insensato por su maldad y por su imprudencia.

Cuando entró en su casa, la sangre hervía en sus venas, y sorda cólera se agitaba en su alma.

XXXV

Fatou le esperaba con ansiedad.

En cuanto entró, comprendió por la expresión de su rostro que no había encontrado el reloj

El spahí tenía un aspecto tan sombrío que la negrita pensó que iba á matarla.

Y Fatou comprendía perfectamente su furor; si á ella la hubiese cogido álguien cierto amuleto, el más precioso que tenía, uno que su madre le había dado siendo chiquita, en Galam... ¡oh!.. se hubiera arrojado sobre el ladrón y le hubiese matado si hubiera podido.

Comprendía que había hecho una cosa muy mala inducida por los malos espíritus, y por su gran defecto de ser tan amiga de componerse.

Sabía muy bien que era mala, y estaba tan arrepentida de haber dado aquel disgusto á Juan, que

no la importaba que la matase; pero antes hubiese querido abrazarle.

En aquella última época casi deseaba que la pegara, pues eran aquellos los únicos momentos en que la tocaba y en que ella podía tocarle, estrechándose contra él para pedirle perdón.

Aquella vez, cuando fuera á cogerla para pegarla, como no tenía miedo á nada, solo se ocuparía de abrazarle y de tratar de alcanzar sus labios.

Después se abrazaría á sus piés hasta que la dejase muerta y ese sería su castigo.....

Si el pobre Juan hubiese podido adivinar lo que pasaba en aquella alma negra, sin duda, para su desgracia, hubiese vuelto á perdonar, pues su corazón estaba siempre abierto á todos los buenos sentimientos.

Pero Fatou no hablaba porque comprendía que no podría expresar todo aquello.

Además, la idea de aquella lucha suprema en que iba á poder cogerle, abrazarle y morir por él, la encantaba.

Así es que esperaba, fijando en Juan sus grandes y relucientes ojos de azabache, con singular expresión de pasión y de ternura.

Pero Juan había entrado y no la había mirado ni la había hecho caso.

Fatou entonces se quedó sorprendida y sin poder comprender.

Juan había arrojado el látigo al entrar.

Estaba avergonzado de haber tratado brutalmente á aquella muchacha, y no quería volver á empezar.

Unicamente empezó á arrancar todos los amuletos que había colgados en las paredes y se había puesto á tirarlos por las ventanas.

Después cogió los paños, los collares, los bousbous y las calabazas, y siempre sin decir nada, los fué arrojando todos.

Fatou empezaba á comprender lo que la esperaba; adivinaba que todo había acabado y estaba aterrada.

Cuando todo lo que la pertenecía estuvo fuera, desparramado por la plaza, Juan le indicó la puerta diciendo entre sus dientes apretados por la ira, con una voz sorda que no admitía réplica.

—¡Vete!

Y Fatou, con la cabeza baja, salió sin decir nada.

¡Oh! la negrita no había podido imaginar una cosa tan horrible como ser despedida así!

Le parecía que iba á volverse loca y la pobre seguía andando sin atreverse á volver la cabeza, sin encontrar ni una palabra que decir ni un suspiro que exhalar ni una lágrima que verter.

XXXVI

Después de esta escena, Juan se puso á recoger con calma todo lo que era suyo y á doblar y guardar cuidadosamente sus efectos como para hacer su ato de soldado.

Lo iba empaquetando todo con el mayor orden por la costumbre adquirida, á pesar suyo, en el regimiento y al mismo tiempo con mucha rapidez, pues tenia miedo de sentir lástima y ser de nuevo débil.

Se sentía algo consolado de aquella ejecución terrible porque le parecía como un tributo, como un homenaje debido á la memoria del pobre reloj, y al mismo tiempo orgulloso de haber tenido aquel valor, pensando que muy pronto abrazaría á su padre y se lo contaría todo para obtener su perdón.

Cuando terminó sus preparativos se dirigió á casa de Coura-n'diaye, la griota.

Allí vió á Fatou que había ido sin duda á refugiarse en casa de la negra, y estaba en un rincón acurrucada en el suelo.

Las esclavas la habían ayudado á recoger sus efectos y colocarlos on las calabazas que estaban á su lado.

Juan no quiso mirarla, y acercándose á Coura n'diaye la pagó el mes, previniéndola que en ade-

lante no habitaría su casa. Después echó sobre sus espaldas su ligero bagage y salió.....

.....
¡Pobre reloj!

Hablando de él su padre, le había dicho:

«Juan, es un poco antiguo; pero es muy bueno y hoy día quizá no haya otro más seguro. Cuando tú más adelante seas rico, si quieres puedes comprarte uno á la moda, pero entonces me devolverás éste, pues le compré cuando estaba en el regimiento y hace ya cuarenta años que no se separa de mí.... y mira, cuando me entierren, si tú no le usas no dejes de ponerle en mi caja para que me haga compañía entonces, que tan solo estaré.».....

.....
Coura-n'diaye había tomado el dinero del spahi sin hacerle reflexiones sobre aquella brusca partida, con la indiferencia de una vieja cortesana cansada de todo.

Al salir Juan llamó á su perro que le siguió con las orejas gachas, como quien comprende la situación y no le agrada mucho partir.

Después el pobre animal echó á correr sin volver la cabeza siguiendo las calles de aquella ciudad trágica que conducían al cuartel.